



»y valedero perpétuamente. Exhorto otrosí á todos que tengais por encomendados los portadores destas nuestras letras: Dios os guarde.»

Con los dos embajadores del rey envió juntamente el pontífice á España un tercero, por nombre Reynaldo, al cual dió otra carta para el rey, fecha por Julio, con palabras muy regaladas y blandas, del tenor siguiente: «Juan, obispo, siervo de los siervos de Dios, al amado hijo Alonso, glorioso rey de las Galicias. «Habiendo recibido vuestras cartas, porque conocimos que sois devoto para con nuestra Santa Iglesia, os damos muchas gracias, rogando á Dios que crezca el vigor de vuestro reino, y os conceda victoria de vuestros enemigos. Porque como vos, hijo carísimo, pedistes, rogamos á Dios ordinariamente y con instancia que gobierne vuestro reino y os salve, guarde y ampare, y levante sobre todos vuestros enemigos. Haced que la iglesia de Santiago Apóstol sea consagrada por los obispos españoles, y con ellos celebrad concilio. «Nos asimismo, glorioso rey, como vos somos apretados por los paganos, pero el Omnipotente Dios nos concede dellos triunfo. Por tanto rogamos á vuestra caridad no dejéis de enviarnos algunos provechosos y buenos moriscos con sus armas y caballos, á los cuales los españoles llaman caballos alfaraces, para que recibidos, alabemos á Dios y os demos las gracias; y por el que los trujere, os remuneraremos de las bendiciones de San Pedro. Dios os guarde, carísimo hijo y esclarecido rey.» Dada el mes de Julio, año del Señor de ochocientos y setenta y cuatro.»

Leidas las cartas del Papa, los obispos de todo el reino fueron convocados para que á día señalado acudiesen en cumplimiento de lo que se les mandaba. Juntáronse primeramente en Compostella buen número de obispos, no ménos que catorce, parte de las ciudades que estaban en poder del rey, los demas de las que tenían los moros, como obispos de anillo, y poco más que de sólo nombre. La costumbre de aquel tiempo era tal, que las unas ciudades y las otras tenían obispos, principalmente las que habian ganado de los moros, y poco despues eran vueltas á su poder, y aun de las que

pretendian ganar en breve y reducillas al señorío de cristianos. Con esta traza y confianza, en lugar de los que morian, señalaban y consagraban otros que les sucediesen. El templo, pues, de Compostella ó de Santiago fué por aquellos obispos con gran solemnidad consagrado á siete de Mayo, día lunes, luna undécima, y tres de áureo número, como lo dice Sampyro Asturicense: puntos y señales que todas concurren en el año ochocientos y setenta y seis, y no ántes ni despues por largo tiempo. El altar mayor dedicaron al Salvador; dos colaterales, el uno en nombre de San Pedro y San Pablo, el otro de San Juan Evangelista; el que cubria los huesos del Apóstol Santiago no pareció consagrar de nuevo, por tener entendido que sus siete discípulos le consagraron; sólo se dijo misa sobre él. En un monte allí cerca consagraron asimismo un templo en nombre del mártir San Sebastian; con que la devocion de la iglesia de Santiago, que de ántes era muy grande, se aumentó mucho más.

Once meses adelante, por mandado del rey, los mismos obispos se juntaron en Oviedo; allí, en cumplimiento de lo que el papa concedía, resolvieron que el obispo de Oviedo fuese arzobispo, y para aquella dignidad por voto de todos nombraron á Hermenegildo. Pareció otrosí nombrar arcedianos, personas de buena vida, que dos veces cada un año juntasen sínodos y diesen orden en todo, como quien habia de dar cuenta á Dios de su cargo, y juntamente visitasen las diócesis, los monasterios y parroquias. Añadieron demas desto que los obispos que no tenían diócesis sirviesen al de Oviedo de vicarios, para que se repartiese la carga entre muchos, y él de su renta los sustentase; y que así á éstos como á los demas obispos señalasen sendas iglesias en la ciudad y diócesis de Oviedo, con cuya renta se entretuviesen cuando se celebrasen concilios, y tuviesen donde acogerse á causa de las ordinarias entradas que los moros hacian.

En cumplimiento deste decreto, á diez y seis obispos, unos que tenían diócesis y otros que carecian della, señalaron doce templos, al de Leon, de Astorga, de Iria, al Uicense, al Britonense, al de Orense, al de Braga (éste era ar-



zobispo), al Dumiense, al Tudense, al Columbricense, al Portucalense, al Salmanticense, al Cauriense, al Cesaraugustano, al Calagarrutano, al Turiassonense, al Oscense. Todos estos nombres y el número se sacaron de los mismos actos del concilio, en gracia de los que son aficionados á la antigüedad, que los coronistas no escriben palabra. De aquí sin duda procedió que Oviedo en aquel tiempo se llamó ciudad de obispos, como lo refieren los autores muy graves. Los aledaños de aquella diócesis de Oviedo señalaron los mismos obispos, y el rey la acrecentó en rentas y posesiones, segun lo que se podia llevar, conforme á la apretura en que estaban las cosas y los tiempos. Halláronse presentes en la una ciudad y en la otra el rey y la reina doña Jimena, los hijos del rey y los grandes; y dada conclusion á todas estas cosas, despidieron el concilio.

En tanto que estas cosas pasaban, los moros estaban sosegados: el largo ocio y la abundancia de España tenia apagado el brío con que vinieron y ablandado su natural belicoso; que fué causa de pasarse algunos años sin que sucediese cosa alguna digna de memoria. Sólo el año de ochocientos ochenta y uno en toda España hubo temblores de tierra con daño y destrozo de muchos edificios. El rey Mahomad asistía á los oficios á su modo, cuando un rayo que cayó de repente en la misma mezquita mató á dos que estaban cerca de él, con grande espanto de todos los demas. El año siguiente, Abdalla, hijo de Lope, aquel que huyó de Toledo, olvidado de las mercedes que del rey tenía recibidas, como hombre desleal y fementido comenzó á tratar de hacerle guerra. Para esto se reconcilió y hizo su asiento con el rey de Córdoba. La envidia que tenía á sus tios le llevaba al despeñadero, de quien hacia tanta confianza el rey D. Alonso, que les entregó á su hijo D. Ordoño como por prendas de la amistad para que le criasen y amaestrasen. Gran mengua de su padre, pero en tanto se estimaba en aquel tiempo la amistad de los moros.

Deste principio aunque pequeño se siguieron cosas más graves, porque Abdalla, recogidas sus gentes, rompió por las tierras de cristianos: las talas fueron muy grandes, los temores y

esperanzas no menores. Acudió el rey y venció al moro cerca de Cillorico en una batalla que le dió, asimismo le rechazó con daño de Pancorvo, de que pretendia el moro apoderarse. No acometieron la ciudad de Leon, dado que revolviéron contra ella, á causa de una gruesa guarnicion de soldados que dentro estaba. Desta manera, sin hacer otro efecto que de contar sea, pasado el rio Astura (hoy Estola), que riega aquellas campañas y pasa por la misma ciudad de Leon, el ejército enemigo por las tierras de Lusitania volvió á Córdoba. Iba entre los demas moros Abuhalit; hizo instancia con el rey D. Alonso para que le restituyese su hijo Abulcen, que dejara como en rehenes cuando (como se dijo) le dieron libertad. La negociacion fué tan grande, que al fin alcanzó lo que pretendia. Esto sucedió al fin del otoño, el cual pasado, y entrado el invierno, Abdalla venció en cierta pelea ó encuentro á los dos Zimaeles, tio y hermano suyos, en ciertos lugares ásperos y fragosos: no se dice en qué parte de España; sospecho fué en el reino de Toledo; lo que consta es que los prendió, y aherrojados los envió al castillo de Becaria. Revolvió sobre Zaragoza, y con el mismo impetu la sujetó. Esto fué ocasion que las fuerzas de moros y de cristianos se volviesen contra él, dado que con una embajada envió á excusarse de lo hecho con el rey de Córdoba, y porque no recibia sus excusas, con trato doble y embajadores que de ordinario despachaba al rey D. Alonso para asegurarse, procuraba su amistad.

En el mismo tiempo los condes D. Vela y D. Diego hicieron liga contra él como contra enemigo comun. Por otra parte Almundar, hijo del rey de Córdoba y Abuhalit, fueron enviados para cercar á Zaragoza; acometimiento que fué por demas á causa de la fortaleza de aquella ciudad y la mucha gente que en ella hallaron, además que Abdalla, por las cosas que habia acometido y acabado, se hallaba muy fuerte, rico y feroz. Dieron los de Córdoba vuelta sobre las tierras de Vizcaya y de Castilla, hicieron talas y daños; acudieron los dos condes sobredichos, y forzaron á los moros á salir de toda la tierra. No se descuidaba el rey de Leon, ántes tenía juntas sus gentes en Sublancia con



intento de no faltar á cualquiera ocasion que se le presentase de dar á los moros si menester fuese la batalla; pero ellos la excusaron y se volvieron á su tierra; sólo destruyeron el monasterio de Sahagun, que en Castilla la Vieja era y es muy célebre. Y sin embargo, Abuhalit envió algunos moros de secreto al rey don Alonso para tratar de hacer paces; y sobre lo mismo Dulcideo, presbítero de Toledo, fué por el rey enviado á Córdoba en fin del año ochocientos ochenta y tres.

En tanto que estos tratos andaban, una armada de moros, que se juntó en Córdoba y en Sevilla, por mar acometió las riberas de Galicia por estar muchos pueblos sin murallas, y que podían fácilmente ser saqueados. No hizo algun efecto la dicha armada, á causa de los reacios temporales que la desbarataron y echaron á fondo: pocos con el general Abdelhamit escaparon del naufragio y de la tormenta. Al mismo tiempo, por diligencia de Dulcideo, se asentaron treguas de seis años con los moros, y los cuerpos de los mártires Eulogio y Leocricia, con voluntad de los cristianos, en cuyo poder estaban, de Córdoba los trasladaron á Oviedo.

Seguióse la muerte de Mahomad año de los árabes doscientos setenta y tres, de nuestra salvacion ochocientos ochenta y seis: dejó treinta hijos y veinte hijas. Fué hombre de ingenio no grosero; para muestra se refiere que un dia, como se pasease en sus jardines y cierto soldado le dijese: «¡Qué hermoso jardin, qué dia tan claro, qué siglo tan alegre, si todo esto fuese perpétuo!» respondió: «Antes si no hubiera muerte, yo no fuera rey.» Sucedióle Almundar, su hijo, príncipe manso de condicion y liberal, ca principio de su reinado perdonó á los de Córdoba cierta imposicion en que acostumbraban á pagar de diez uno. Ellos, olvidados deste beneficio, se alborotaron contra él. Aparejándose para sosegar estas alteraciones, cuando le sobrevino la muerte antes de haber reinado dos años enteros. Dejó seis hijos y siete hijas. Sucedióle, por voto de los soldados, Abdalla, su hermano, el año ochocientos ochenta y ocho; reinó por espacio de veinticinco años. Los principios fueron revueltos á causa que Homar,

principal entre los moros y de ingenio bullicioso, se levantó contra él. Lisbona, Astapa ó Estepona, Sevilla y otros pueblos se le allegaron. Estas grandes alteraciones tuvieron fácil salida, porque Homar, mudado propósito, alcanzó perdon y se reconcilió con el rey. Esta facilidad del perdon le fué ocasion y le dió ánimo para tornar en breve á alborotarse.

Andaban los moros de muy antiguo divididos en dos parcialidades, de Humeyas y Alavecinos, como queda arriba dicho. Con esta division no podia faltar á los amigos de novedades, gente y pueblo que los siguiese. Abdalla siguió por todas partes á Homar y le redujo á tal apretura, que se huyó á tierra de cristianos, donde dejada la supersticion de sus padres, se bautizó no con sinceridad y de véras, sino con engaño, como se entendió con el tiempo, que todo lo declara. Contra D. Alonso se alteraron los vizcainos: la cabeza y caudillo fué Zuria, yerno de Zenon, hombre principal entre aquella gente. Acudió D. Ordoño enviado por el rey, su padre, para sosegar aquella gente; pero fué vencido por los contrarios en una batalla que se dió cerca de Arrigorriaga, y della aquel pueblo tomó este nombre, que significa (como lo dicen los que saben la lengua vizcaina) piedras sangrientas, como quier que ántes se llamase Padura. En premio desta victoria hicieron á Zuria señor de Vizcaya, que dicen era de la sangre de los reyes de Escocia. ¿Quién podrá bastantemente averiguar la verdad en esta parte? La aspereza de aquellos lugares, segun yo entiendo, fué causa que el rey no vengase aquella afrenta, demas de su edad que estaba adelante, y por el mismo tiempo, vuelto el pensamiento á las artes de la paz, se ocupaba en edificar iglesias en nombre de los santos, y castillos y pueblos para seguridad y comodidad de sus vasallos.

En el principio de su reinado reedificó á Sublancia y á Cea, cerca de Leon; el castillo de Gauzon, á la orilla del mar, puesto sobre un peñol entre Oviedo y Gijon; despues las ciudades de Braga, Portu y Viseo, Chaves, que se llamaba antiguamente Aqua Flavie, y tambien la ciudad de Oca; todos pueblos que habian estado largo tiempo destruidos y deshabitados. El



mismo año padeció sentica, y con la misma liberalidad y cuidado fué reparada con nombre de Zamora por las muchas piedras turquesas que por allí se hallan, que se llaman así en lengua morisca. Á D. García, su hijo, dió el rey cuidado de edificar á Toro, que los antiguos llamaron Sarabis. Asimismo ganaron de los moros á Coimbra, en Lusitania, en Castilla la Vieja Simáncas y Dueñas, con toda la tierra de Campos; comarca que, á ejemplo de Italia y de Francia, se puede en latin llamar Campania. El grande y real monasterio de Sahagun, que los moros aslaron, fué de nuevo reparado y vuelto á los monjes de San Benito, al cual ninguno en grandeza, majestad y riquezas se aventajó antiguamente en España, y áun hoy es de los más nombrados que en ella se hallan.

Para tan grandes y tantas obras no bastaban los tesoros reales ni sus haberes; impuso nuevos pechos y derramas; cosa que se debe siempre excusar, si no es cuando la república se halla en tal aprieto que todos entienden es forzoso sujetarse á la necesidad, si se quieren salvar. Esta verdad se entiende mejor por lo que resultó. Estaban los vasallos por esta causa desgraciados: la reina doña Jimena, que tambien andaba disgustada con su marido, persuadió á D. García, su hijo, que se aprovechase de aquella ocasion y tomase las armas contra su padre. No se descuidó el rey, aunque viejo y flaco; acudió luego á Zamora, prendió á su hijo y mandó guardar en el castillo Gauzon. No pararon en esto los desabrimientos y males. Era suegro de D. García, Nuño Hernandez, conde de Castilla, príncipe poderoso en riquezas y en vasallos. Éste, con ayuda de la reina y de los hermanos del preso, hizo brava guerra al rey, que duró dos años. Á cabo dellos los conjurados salieron con su intento, y el pobre rey, cansado del trabajo, ó con deseo de vida más reposada, renunció el reino y le dió á su hijo D. García. Á D. Ordoño, el otro hijo, dió el señorío de Galicia. Lo uno y lo otro sucedió el año novecientos diez. El cual

año pasado, como D. Alonso hobiese ido en romería á Santiago por [su devocion, con voluntad de su hijo hecha de nuevo una buena entrada en tierra de moros, falleció en la ciudad de Zamora. Su cuerpo y el de su mujer sepultaron primero en Astorga, despues fueron trasladados á Oviedo.

En el mismo tiempo Abdalla, rey de Córdoba, en edad de setenta y dos años, murió en Córdoba: dejó doce hijos y trece hijas. De Abdalla, hijo de Lope, no se sabe lo que se hizo; no faltara diligencia si se descubriera camino para averiguar esta y semejantes faltas. Habrémos de usar de conjeturas. Entiendo que con ayuda de los reyes de Oviedo se mantuvo en el señorío de Zaragoza, y que dél descendieron los reyes que fueron adelante de aquella noble ciudad.

El reino de Córdoba hobo Abderrahman, nieto de Abdalla, hijo de Mahomad; cosa nueva entre los moros, que fuese el nieto antepuesto á los hijos del difunto, tios que eran del nuevo rey. Tenia veintitres años cuando tomó la corona, y gozóla por espacio de cincuenta años. Llamáronle por sobrenombre Almanzor Ledin Alla, es á saber, defensor de la ley de Dios; y tambien Miramamunin, que quiere decir príncipe de los que creen. Tal es la costumbre, que cuando los imperios se van á caer, entónces los que los tienen, para disimular su cobardía y flaqueza, se arman y afeitan con apellidos magníficos. Verdad es que Abderrahman se puede contar entre los grandes reyes, así en el gobierno como en las cosas de la guerra. Por todo el tiempo de su vida tuvo atencion á componer las discordias de su nacion y sosegar las parcialidades que amenazaban mayores daños; administraba justicia con mucha rectitud, edificó un castillo junto á Córdoba; en Africa tomó la ciudad de Ceuta: demas desto, con real magnificencia aumentó y mejoró las ciudades y pueblos de todo su reino; comenzó á reinar el año 300 de los árabes, conforme á la cuenta del arzobispo D. Rodrigo, que en este lugar no se aparta de la verdadera.